

no es el que buscáis. (Lucas Angelo se acerca, Escorpina se levanta el velo lo necesario para que él sólo la vea. Al reconocer á su esposa, el gesto revelará, á un tiempo, asombro, ira, celos, desprecio, asco, y por fin, la calma del que disimula para que los demás no conozca su vergüenza.)

LUC. Juro por mi fe de caballero, que esta *dama* no es ni ha sido nunca Benvenuto... Dadle paso. (Salen Félix y ella.—A los soldados.) Pero ahora con más ahinco que nunca, os ruego que busquéis á Benvenuto, y doy toda mi fortuna al que me lo entregue... si puede ser, muerto. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La decoración, á toda escena, representa una enorme sala del Petit-Nesle, donación que el rey había hecho á Benvenuto y donde éste tenía instalado su taller, en París. En la sala, se advierte bien que estamos en lo interior de una fortaleza. En los rincones de ella hay lanzas y atadijos de armas. En las paredes, colgados, arcabuces. En el fondo, una gran puerta. En la parte lateral izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones de Benvenuto, y otra, hacia el fondo, que es rinconera, y está abierta siempre; esta comunica con la torre, cuya ruinoso escalera desciende, también, hasta la calle. A la derecha, dos puertas que comunican con los cuartos de los aprendices. En el fondo, ventanales. Al levantarse el telón, hay un grupo de aprendices discutiendo. Todos rodean al nuevo aprendiz.

### ESCENA PRIMERA

PAULO y APRENDICES

- N. AP. Mi padre es notario, pero quiere dedicarme á este menester de la escultura, porque dice que ahora el arte es buen camino para hacer fortuna.
- PAULO Solo que el arte no está en libros y no lo aprende el que quiere.
- N. AP. Yo traigo buena voluntad, y les tengo afición á las personas que lo hacen, por las gentes principales con quien tratan.

- AP. 1.º (Para deslumbrarle.) Todo esto que aquí ves, es plata del rey.
- N. AP. ¡Del rey!
- PAULO Y hoy lo aguardamos; vendrá aquí para admirar las obras del maestro.
- N. AP. ¡El rey de Francia aquí!.. Pues decid, que por estas sendas, vuestro Benvenuto debe andar ya acerca de que le hagan capitán.
- AP. 1.º Por lo menos. (con burla.) Ya una vez en Roma quisieron hacerle Cardenal... y tuvo que renunciar porque le faltaba fingimiento. (Los aprendices ríen, el nuevo se extraña.)
- N. AP. A mí me habían dicho que Benvenuto tuvo que escapar de Roma por haber matado á un hombre.
- AP. 1.º Ya hace de eso cinco años... y es verdad.
- PAULO Pero eso no le impidió gozar en Florencia de la amistad del Duque Alejandro, ni tornar á Roma, porque al cabo le indultaron; ni volverse á poner tan á malas con el Papa que le encerró en prisiones ni acabar obras tan famosas que su fama pasó afuera de Italia y al cabo, el rey Francisco, valiéndose del cardenal de Ferrara, exigió al Papa que diera libertad á Benvenuto, para tomarlo á su servicio.
- N. AP. Poniendo mucho tino... ¿creéis que yo también, con el tiempo, podría llegar á Cardenal?
- AP. 1.º Es posible, porque á tí no te hace falta fingir. (Ríen otra vez.)
- N. AP. Vos, señor Ascanio, que ya hacéis tan bellas cosas, ¿habéis tenido que pasar noches sin dormir para llegar á esto?
- ASC. (Que trabaja en un rincón enfurruñado.) Te diré que con más frecuencia he pasado días sin comer.
- N. AP. Pero ahora, con esta protección del rey, abundarán las provisiones.
- AP. 1.º No estará de más que le pidas un tonel de vino francés al buen notario, que es tu padre.
- N. AP. (Desentendiéndose.) Señor Ascanio: y vos, ¿no le admiráis al Benvenuto?

- PAULO Este deja hoy el servicio del maestro, y tú entras á servirle en su lugar.
- ASC. (Levantándose y yendo á ellos.) Yo tengo á Benvenuto por el orgulloso más insoportable que nunca he conocido y amigo sólo de él. Por eso le dejo.
- PAULO ¡Ascanio!
- ASC. Atento Benvenuto al medro suyo, cuando yo soy tan maestro como él, me esconde y no me deja dar muestras de mí.
- PAULO ¡Ascanio!
- ASC. Y á éste no le hagas caso cuando te hable de Benvenuto, porque todo lo suyo encuentra bien y siempre le tiene palabras de cariño y nosotros decimos si le regala...
- PAULO (Con viva indignación buscándole para castigarle.) ¡A esta lengua tuya embustera le deseo el cáncer!
- ASC. (Teméndoles.) No, perdona Paulo, que no quise molestarte.
- PAULO ¿No quisiste?... (Se cogen y se pegan; el nuevo quiere separarles y todo el resto de los aprendices dejan caer palos sobre él.)

## ESCENA II

DICHOS y BENVENUTO, por el fondo

- BEN. ¿Estos buenos servicios hacéis al arte, canallas? (Todos los aprendices vuelven á sus sitios.)
- ASC. Paulo ha sido la causa del desorden, maestro.
- BEN. (Mira á Paulo que está todo confuso y le interroga con la mirada.)
- PAULO Es verdad, señor, yo fui el primero en dar, pero Ascanio me había provocado, hablando mal de vos.
- BEN. Me habrías dado otra razón cualquiera del escándalo y la habría encontrado natural en mozo intrépido y de sangre. A tu edad los hombres riñen por mujeres, por orgullo, ó por capricho. Pero este motivo que me has dado, á mí me humilla y á tí te conde-

na. Libre es Ascanio de hablar mal de su maestro, y tú, libre de elogiarle. A los dos os he abierto el camino con mis consejos y á ninguno, que yo sepa, le he marcado el fin: elije tú el de igualarme y Ascanio el de superarme, de ambos modos gana el arte. Este ha de ser vuestra pasión y no Benvenuto. No me admirarás más tú á mí, que yo he admirado á los antiguos y siempre ha sido mi propósito vencerles. Vé á tu trabajo, (A Paulo.) y piensa que Benvenuto, porque no necesita defensores, no quiere discípulos fanáticos. Tú, Ascanio, vuelve á tu labor y, desde este momento, cuida de serme superior en todo, para dar con tus obras, razón á tus palabras. (Con gran silencio todos los oficiales van á sus sitios. Benvenuto, despues de mirarlos á todos, se pone á trabajar en una plancha de plate; se abre una de las puertecitas laterales de la derecha y sale de su cuarto Pantasilea, á medio tocado.)

### ESCENA III

DICHOS y PANTASILEA

- PANT. (Yendo derechamente á Benvenuto, sin atención ninguna á su trabajo y hablándole con impertinencia quejumbrosa.) Sacarme de Italia para traerme á esta miseria y estrechez no puede tolerarse...
- BEN. En primer lugar, Pantasilea, yo no te saqué de Italia. Si te encontré perdida en un mesón de mala muerte, en aquel difícil arte del bien agradar, para el que tan pocas almas tienen virtud; si te pareció seguirme á Francia para que nuevamente me aprovechase de tu gracia en el diseño de mis obras; si te pagué el camino, accediendo á tus deseos; si despues te he regalado un poco y aquí estás como en tu casa y comes y duermes y huelgas la mayor parte del tiempo, ¿no te he dado infinitamente más que me pedías?

- PANT. Bien sabes tú que nada te pido en virtud de antiguos tratos. Bien conoces la dulce afición que ahora me ata al lado tuyo.
- BEN. Y aun considerando lo que yo deba á esa dulce afición, ¿no estás contenta?
- PANT. ¡Oh, qué gran maestro eres en decir palabras duras! Echo de menos en tí aquel meloso hablar y aquella rendida voluntad de todo amante.
- BEN. Cuando yo me hubiera ofrecido á serlo tuyo estaría la queja en su punto. Pero ahora... Yo creía, señor, que todo eso que entre ambos está aconteciendo, nos constituía por tan cabales amantes como á los que más. Pero ahora declaro que me ahorquen si en adelante sabré lo que quiere significar una mujer cuando me diga de algún hombre: «este es mi amante.»
- BEN. Acaba pronto si vienes á pedir, y di qué quieres.
- PANT. Considera, señor, si no es vergüenza con el favor de que ya gozas en la corte, que todos los días me encuentre yo sin flores, en el momento de hacerme mi tocado.
- BEN. Dile á Andrés, cuando lo veas, que á diario traiga flores para tu tocado. Y déjame tranquilo...
- PANT. Á bien que de poco me servirán las flores, si no me compras lazos para sujetarlas...
- BEN. Dile que te compre cintas...
- PANT. Pues si no me regalaras á su tiempo de unos ricos broches que ahora venden y que son maravillosos, ni los lazos ni las flores servirían para nada...
- BEN. Mira allá, en aquella caja de mis joyas acabadas donde hay bellos broches, y el que más te agrada, aquel toma como tuyo...
- PANT. ¡Bah!... tus joyas no parecen cosa de tocado, Benvenuto. Nadie veo que las lleva... Y en cambio, esos maravillosos broches que te digo, están ahora tan en boga... que es pobre de solemnidad quien no los luce.
- BEN. Tienes razón, Pantasilea; á mis joyas sólo alcanzan los príncipes ó los reyes: y de esos

broches que tú pides llevan aquí las cortesanas; haz tu gusto y déjame.

PANT. (Lloriqueando.) No puedes acabar sin insultarme.

BEN. (Voz de imperio.) ¡Vete, y déjame tranquilo! (Va á salir Pantasilea, y ya junto á la puertecita lateral tropieza con Ascanio, entablándose entre ambos y casi en voz baja este pequeño diálogo.)

PANT. ¡Ascanio!

ASC. Si no me tienes, Pantasilea, acabo aquí con el maestro.

PANT. Yo tengo mejor modo de acabar y más á gusto.

ASC. Oí que te injuriaba.

PANT. No han sido todo injurias. Nuestros negocios llevan buena marcha.

ASC. ¿Por qué, Pantasilea?

PANT. Porque el maestro dióme permiso de llegar á la caja de las joyas.

ASC. Hasta pronto, pues.

PANT. Y para siempre, Ascanio. (Vuelve Pantasilea á entrar en el cuarto. Ascanio la ha seguido con los ojos y con el puño cerrado amenaza á Benvenuto.)

ESCENA IV

DICHOS y ANDRÉS

AND. (Un muchachito de diez años que viene á colocarse al lado de Benvenuto diciendo.) Nada.

BEN. ¿Tampoco hoy trajeron los correos pliegos de Italia para mí?

AND. Tampoco.

BEN. (Después de mirar por el ventanal con gran melancolía.) ¡Y estas brumas de París que sólo traen humores de tristeza! Vé, Andrés, con Pantasilea que te necesita.

AND. Señor, volverá á mandarme afuera y estoy ya rendido.

BEN. Obedece, Andrés.

AND. Vamos, señor, dejadme un rato aquí viendo estas maravillas que hacéis.

BEN. Si no obedeces... (Andrés escapa hacia la puerta. Benvenuto trata de perseguirle. En este momento entra el rey Francisco con su gente. Andrés tropieza con sus rodillas y el rey Francisco le recoge riendo. Siguen al rey el Delfín Enrique, su nuera Catalina de Médicis y el cardenal de Ferrara.)

ESCENA V

DICHOS, EL REY, EL DELFÍN ENRIQUE, CATALINA DE MÉDICIS, EL CARDENAL y acompañamiento

REY. (Cogiendo al muchacho.) Al mayor sagrado que hay en Francia te has acogido y Benvenuto, mi amigo, te perdonará. (Ríe largamente al ver la confusión de todos. A Benvenuto.) El rey de Francia ha querido entrar aquí sin anunciarse, para darte mayor prueba de su amistad; aunque las bellas cosas que aquí tienes casi disculpan mi atrevimiento.

BEN. Señor, es benevolencia vuestra.

REY. (Levantando el tapiz que cubre la puerta.) Entra, hijo, que yo mismo no me desdengo de ser quien tenga el tapiz cuando tras él vas á descubrir tan grandes maravillas.. Y tú, Catalina, hija mía querida, flor de Italia, ven á recrearte en la gloria del más grande de los italianos... Vos, Cardenal, en pago de la merced que nos habréis hecho acompañándonos, venid á ver el precio que doy al inmenso regalo que me hicisteis trayendo á nuestra corte á Benvenuto... (Todos los personajes han ido entrando según que el Rey los nombre. Benvenuto hace gesto á sus aprendices de que se retiren y éstos lo verifican por la puerta lateral izquierda. Todos los visitantes se desparraman por el taller. Benvenuto acude á unos y otros.)

REY. (Delante de una lámpara.) ¿Esta es la lámpara de plata?

BEN. Uno de los encargos que me hicisteis, señor; aquí están en cera los modelos de los otros. (Queda el Rey contemplando los modelos. Catalina y Enrique miran otra estatua: una mujer tendida.)

CAT. ¿Qué bella figura es ésta, maestro?  
 BEN. (Acudiendo.) Esta, señora, va destinada á coronar la puerta del sitio real de Fontainebleau; es la imagen de Diana cazadora, y es, al mismo tiempo, una alegoría de aquel rincón ameno.

CAT. Todo me parece bien menos el nombre que habéis puesto á la estatua; Diana, no me gusta.

BEN. Yo no tengo la culpa, señora Catalina, de que los griegos llamaran así á la Diosa de la caza.

ENR. Tenéis razón, maestro. (Quedan ambos contemplando la estatua. Benvenuto yendo en busca del Cardenal de Ferrara.)

BEN. ¿Por qué no gusta vuestra Delfina del nombre de Diana?

CARD. Porque la querida del Delfín, su marido, se llama Diana de Poitiers. Cuando el Rey te deje, vuelve á hablarme que te interesa.

REY. (Acabando de mirar los modelos.) Pregunto yo, Benvenuto, ¿por qué toda estatua tenéis que hacerla en cera y en pequeño, antes de trasladarla á su forma y magnitud definitiva?

BEN. Por la misma razón, señor, que un rey ha sido Delfín antes de ser rey. Los vicios del Delfín, con la educación, pueden corregirse: los del Rey no tienen ya remedio. El Delfín es blanda cera y el Rey es bronce duro: por eso es doble la gloria de un monarca como vos, donde el ánimo más exigente ve defectos tan escasos.

REY. (Arrugando el entrecejo y cambiando de frase.) Para aquella puerta grande de Fontainebleau, ¿has pensado algo, Benvenuto?

BEN. Allá tenéis, ya en bronce, la estatua de Diana cazadora que debe coronarla. Vuestros hijos la están ahora examinando. Además he corregido la arquitectura de la puerta, quitándole cuanto he podido de vuestro pésimo estilo francés y dándole cuanto ha querido tomar de la gracia y razón de nuestro arte italiano.

REY. Por lo menos, Benvenuto, tú hablas claro y

no hay temor que engaños. Voy á ver la estatua. No, queda aquí entre tanto, Benvenuto, que á mí tus obras me harán compañía y el Cardenal ha menester hablarte. (El Rey pasa al fondo para contemplar la estatua. El Cardenal y Benvenuto hablan en primer término.)

CARD. Estás perdido en la corte y á punto de perder todo tu favor.

BEN. ¿Quién me ha calumniado?

CARD. La favorita del Rey: madame d'Etampes.

BEN. ¿Cuál puede ser la causa que le mueve á hacerme daño?

CARD. Cuando miro tu gloria y valimiento, pienso si serán celos de la favorita; cuando atiendo á tu fuerte arrogancia de hombre, pienso que no le habrás hecho el amor ó que habrás desdeñado favores suyos...

BEN. Sabéis cuánto me cansan las grandes damas.

CARD. Es preciso recobrar la gracia de la duquesa ó despedirte de Francia.

BEN. Prefiero lo segundo.

CARD. Pero saldrás de Francia con vituperio. La favorita ha prometido al escultor Francisco de Bologna, todas las bellas obras de Fontainebleau, que el Rey tiene encargadas.

BEN. Pero el Rey mantendrá su palabra.

CARD. ¡Iluso! El Rey viene á verte sólo para reñir contigo, porque lo ordena así su favorita.

BEN. Pero, ¿en esta Francia no puede darse un paso sin tropezar con mujeres?

CARD. Con la autoridad que me da el conocimiento de ambas cosas, te diré que ellas son aquí en París, lo que en vuestra Roma los cardenales. Créeme, en cuanto el Rey te deje, toma el camino de su casa y recobra en una bien acabada visita, el favor de la Duquesa. Que la primera palabra que diga esta tarde al rey Francisco, sean elogios de Benvenuto.

BEN. Yo no estimo un favor que el Rey me obligue á partir con las mujeres.

CARD. ¡El Bologna hará las obras de Fontainebleau!

- BEN. El Rey se entenderá con los futuros: yo habría llenado el parque de obras inmortales y su capricho lo colmará de monstruos.
- CARD. Pero tu fama perderá una base en que afirmarse.
- BEN. Solo una manera veo de evitarlo: y es al modo mío.
- CARD. ¿Cómo?
- BEN. Matando al Bologna de una estocada en la garganta, por embustero y torpe artista.
- CARD. Eso es necio: el Rey encontrará otro que poner en su lugar, por complacer a esta señora.
- BEN. Eso es verdad: que abundan los artistas torpes.
- CARD. Solo haciendo lo que te he dicho yo, puedes salvarte. Si no, te veo perdido.
- BEN. Y yo me veo ganado... Hace demasiado tiempo que masco el freno real, y me van entrando ganas de llevar la boca libre.
- CARD. Ve que cuanto pase tú lo habrás querido.
- BEN. Porque lo habré querido, lo acepto. Y gracias Cardenal, por este anuncio de libertad que ahora me dais. (Se separan á tiempo en que el Rey vuelve de examinar las obras del fondo.)
- REY (Con cierta violencia, descoso de cumplir con el compromiso contraído con la favorita.) ¡Y pensar que todavía hay gentes en la corte que te calumnian y hablan mal de tí!
- BEN. ¡No os indigne eso, señor: pensar que cortesanos vuestros que os deben cuanto son, todavía hablan mal de vos!
- REY (Se muerde otra vez los labios.) Todo esto que acabo de ver aquí en esbozo y planeado, si te dijera que no me llena el alma de admiración y de entusiasmo, mentiría. Bienvenuto... Pero la misión del Rey es dura y poco abierta á la contemplación y el goce... Colocado entre el Universo y su nación, el Rey debe ser como la redoma de cristal donde todas las cosas pierden su escoria y se truecan en oro para el pueblo. El Rey gana las batallas, y su pueblo engrinalda las plazas y hace fiestas: el Rey celebra tratados, y su pueblo

- con ellos se enriquece: el Rey acosa, persigue, exprime y atormenta á los grandes ingenios que le rodean... y el pueblo, mañana, se gozará y descansará en las obras de estos ingenios escogidos. No me contenta á mí el ver tus proyectos ni eso solo puede contentarme: yo tengo las llaves del tesoro; necesito saber hasta qué punto gravarás con tus servicios mis arcas ya en quebranto. Yo no tengo las riendas del tiempo y es preciso que entre los dos averigüemos si la ejecución de todas estas grandes cosas que has imaginado cabe en los límites probables de mi reinado y de tu vida.
- BEN. (Comprendiendo que empieza la batalla, se echa atrás y contesta con una disimulada sequedad.) A lo primero contestaré, señor, que si el precio de mis obras pudiera soportar cálculo y tasa yo no serviría á reyes, sino á mercaderes ó banqueros, y á lo segundo que si tan sutilmente buscara el fin de mis obras, yo no comenzaría ninguna: porque todas en su principio, me parecen difíciles y largas y para asustar al mayor ánimo.
- REY Sin embargo; yo tengo otros servidores de preclaro ingenio y todos saben decirme, si se lo pregunto, lo duración y el precio de sus obras.
- BEN. Para hacerme fuerza en este caso, rey Francisco, debiérais poder decirme, no que tenéis otros *servidores*, sino que tenéis otros *Benvenutos*.
- REY Justamente se hablaba ayer en palacio de escultores italianos.
- BEN. De ninguno sé, fuera de mí, que habite en París.
- REY Yo sé que muestra grande interés en entrar á mi servicio, un Francisco de Bologna.
- BEN. Ese alcanzará renombre y fama entre vosotros, porque sabe cortejar á las damas de la corte.
- REY Es un admirable escultor me han dicho.
- BEN. El y Dios trabajan en igual materia pero de manera opuesta: Dios hace del fango la mujer, y él de las mujeres hace fango.

- REV (Notando murmullos de descontento en su séquito.)  
¡Benvenuto!
- BEN. Señor Rey: Todo le es dable al monarca, todo, menos entrar en esta fortaleza minúscula del cráneo y plantar adentro su ley con estandarte. A vuestros capitanes podéis ordenarles que saqueen en tres días Roma entera porque les ponéis á su lado un obús y en sus manos una espada: pero á vuestro artista no podéis mandarle que trace una sola línea en un plazo dado porque solo para trazar una línea necesita que se pongan de acuerdo las fuerzas vivas de su alma y la inmensidad de la Natura... (Termina con fuego y queda mirando al Rey que sonríe gozoso de oírle.)
- REV Digo de verdad que eres un hombre conforme á mí mismo, maestro Benvenuto. (Transición. Se vuelve al Cardenal: es el Rey meloso, hipócrita, dulzón y traidor que nos dejó Ticiano.) Monseñor Cardenal: para que vuestro amigo lleve un recuerdo amable de su estancia aquí, mañana le pondréis un pliego, escrito en vuestra lengua donde me despedáis de él con el más dulce giro que para decir adiós sepáis combinar los italianos. (Saluda á Benvenuto: saludan todos y se aprestan á salir. Benvenuto añade:)
- BEN. Señor Rey: pido venia para acompañaros hasta el puente, porque hoy quiero ser yo quien os despida. (El rey Francisco tiene un gesto de indiferencia real: salen todos. Comienza á obscurer.)

### ESCENA VI

PAULO y ESCORPINA

(Por la puertecita de la torre entra Paulo, iluminando con un velón que trae suspendido á alguien que le sigue. Luego de cerciorarse de que no hay nadie en la sala, vuelve á la escalerilla y hace entrar á quien le seguía.)

PAULO Señora Juana, entrad y sentaos... El maestro habrá salido, como todos los días, á re-

- coger la última caricia del sol sobre Paris. Hasta noche entrada no regresará.
- ESCOR. (Se descubre la cara, que tenía tapada con un velo.) ¡Pensar que hace cinco años me escondo de él, y que mi única alegría en este mundo sería verle! (Sentándose mientras Paulo deja el velón sobre una mesa.) ¿No tienes nada nuevo que mostrarme, Paulo?
- PAULO Todo lo visteis ya la última vez; desde entonces únicamente ha terminado el maestro un busto de mujer que tiene en su cuarto, y que después os mostraré...
- ESCOR. ¿Un busto?... ¿es el retrato de alguna bella dama de la corte?
- PAULO No os dé inquietud; es un busto de mujer, y en el zócalo, sobre el marmol rojo, con letras de oro, el maestro ha escrito: «Italia».
- ESCOR. ¿Y lo tiene en su cuarto?
- PAULO Y una noche, la puerta estaba mal cerrada, y yo, con estos ojos, vi al maestro que besaba primero el busto en la frente, y después el nombre de oro. (Pausa. Dulcemente la rompe Escorpina.)
- ESCOR. ¿No me castigará el desengaño, Paulo, si abro el alma á una esperanza?... ¿Piensa en mí Benvenuto?
- PAULO ¿Quién podrá decir, señora Juana, lo que el maestro piensa? Desde que os separásteis aquella noche en Roma, no le he conocido, ni en Florencia, ni en toda Italia, ni aquí en Francia, un verdadero amor. Como si no tuvieran alma las mujeres, así las mira él. Yo creo que si alguna le cautiva alguna vez, siente que no sea de mármol esculpido. Todo su fervor lo pone en su arte, pero el alma suya, que fué rica y redundante, se le torna agria como tierra que ninguno cuida de regar. Sus arrogancias de antes, ahora dejan caer acibar y quemante hiel. Yo creo, señora Juana, que ya hacemos mal en ocultarle nuestra estancia aquí, y que su mayor alegría sería recibiros, y que hacen falta por aquella selva enmarañada de su alma la labor y el retoque de manos de mujer de París.

UNIVERSIDAD DE MONTE-  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
México, 1925 MONTERREY, MEXICO

ESCOR. ¿Y si se enojara, viéndome? Me faltarían fuerzas para otro desengaño: con esto poco que tengo me contento y no deseo más. Cuando niños, si en una balsa de agua vemos reflejado el sol, queremos cogerlo con las manos; cuando mozos, en los paseos largos, nos gusta sentirlo vibrar sobre nuestra piel; cuando viejecitos, con uno de sus rayos mortecino, amarillo, filtrado á través de una ventana, frío, suave, tembloroso, sombra del sol nada más, estamos contentos. Y así, amigo Paulo, me ha pasado á mí. En mi casa, á mi lado, á todas horas, solamente mío, le quise al principio. Después me avine á verle nada más los ratos que su arte le dejaba libre. Y ahora, con este resplandor amarillento, frío, con esta sombra de él que hay en sus obras me contento. ¡Si él me recordara, si estuviera segura de que, al verme, pronunciaría mi nombre con cariño, aunque verle y morir fuera lo mismo, ¡con qué serenidad le aguardaría! Pero... ¿se acordará de mí?

PAULO ¿Queréis que yo os conteste á esa pregunta, señora Juana? (Coge el velón, y señalando al cuarto de Benvenuto, le dice:) ¡Entrad!

ESCOR. (Presintiendo) ¿El busto?

PAULO Entrad...

ESCOR. (Entra en el cuarto con trasporte decidido.) ¡Oh! ¿no me engañas? ¿no es un sueño? ¿no me engañas? (La sigue Paulo con el velón. La escena queda relativamente oscura; por el ventanal entra la luz roja del crepúsculo.)

### ESCENA VII

BENVENUTO

(Entra Benvenuto, sombrío, descompuesto, por la gran puerta, luego se sienta en un sillón, y después de una pausa dice:)

BEN. ¡Otra vez se ha roto la cadena y otra vez hay que volver á comenzar!... ¿Dónde, ahora?... ¿en qué yunque bastante fuerte te podré for-

jar al fin, oh hierro duro de mi arte? (Sale Paulo: cuando ve á Benvenuto, tiene un sobresalto que le hiela: su primer movimiento es volver al cuarto para prevenir á Escorpina: pero cuando llega á la puerta tiene un súbito pensamiento, y se enoega de hombros, abandonando los sucesos al destino. Sintiéndole andar.) ¡Paulo!

PAULO  
BEN.

(Con voz turbada.) ¡Maestro! Llama á Ascanio: quiero darle todavía unos consejos antes que se parta de mi lado. (Paulo, sin contestar, entra en una de las puertas de la izquierda.)

### ESCENA VIII

BENVENUTO y PAULO

(Benvenuto se levanta mudo y pega su frente á los vidrios del ventanal, contemplando el incendio del crepúsculo. Suenan voces de Paulo, que sale á escena por el cuarto de Pantasilea.)

PAULO ¡Maestro! ¡Maestro! Ascanio y Pantasilea deben haberse fugado, llevándose la caja de las joyas.

BEN. Mejor. Hoy no tenía los ánimos bastantes para darle á Ascanio el aliento y los consejos que le cumplen al maestro Benvenuto. (Vuelve á sentarse en el sillón; Paulo no pierde de vista la puerta del cuarto.) Mañana cuando lleguen los aprendices, díles que he terminado ya toda labor... y que me voy de Francia... Y díles que si recuerdan siempre mis doctrinas, alcanzarán honor... (Abismándose.) ¡Honor! Entremos á pensar, maestro Benvenuto... Todo lo que el mundo puede darte se reduce á esta palabra: desengaño... Todo en la vida mía ha sido embuste, y nada me ha llenado el corazón... El Papa, los Duques, el Rey... todos me dejan. He levantado mis obras en torno mío, y en estos desiertos de la gloria estoy triste... y solo... ¡solo! Si con el mismo cincel que empleo para mis obras



me mutilo y me arranco esta diestra que las hace, todo en la tierra seguirá del mismo modo, y nadie se conmovirá...

ESCENA IX

BENVENUTO y ESCORPINA

(Durante el monólogo se ha ido entreabriendo la puerta del cuarto. Escorpina sale y está á punto de desvanecerse. Paulo la anima con los ojos. La escena entre ellos dos muda, llena de ansiedad: Paulo animándola con los ojos, Juana, sin atreverse á llegar á Benvenuto: debe ser corta, pero de una síntesis expresiva y patética; finalmente Escorpina, cerca de Benvenuto, coge con las suyas la mano que Benvenuto tiene extendida y temblorosa, con la voz mojada en lágrimas dice:)

ESCOR. ¿Sufres, Benvenuto?

BEN. (Con una conmoción donde todo su estado de alma culmina y se resume.) ¡Escorpina! (Se levanta y la toma en sus brazos. Escorpina solloza.) ¿Eres tú de verdad?... ¿no sueño, Escorpina?... ¿no hace la naturaleza un milagro en gracia mía? (Teniéndola abrazada. A Paulo.) ¡Oh! luz; más luz aquí... ¡que arda la casa! (Paulo entra en el cuarto y sale con el velón en el momento que Benvenuto acaba de hablar. Benvenuto coge el velón y, acercándose á ella bajo la lluvia de la luz, la examina asiduamente.) ¡No, no sueño, no, ni hay más prodigio aquí que el prodigio diario de la vida!... (Ella le mira sonriendo con los ojos llenos de lágrimas.) ¿Lloras? (Enjugándole los ojos con las propias manos.) ¡No, no; lágrimas no; basta de nieblas, Escorpina; basta de obscuridad; basta de lluvias! (Separa las manos; vuelve á mirarla con los ojos.) ¡Así... limpia... clara... eterna... ¡la luz!... ¡el sol de Italia!...

ESCOR. (Con devota unclón.) ¡Benvenuto!

BEN. (Haciéndose atrás para contemplarla.) Repara, Paulo, si no es maravillosa la semblanza con mi busto. Hasta este dolor que ahora calienta y hace mover las líneas de su rostro, lo había adivinado yo y lo había puesto en él... ¡Ah! pon en tus obras proporción, equilibrio,

armonía, y has dicho la belleza de las criaturas... pon *Dolor* y has dicho la verdad suprema de su alma... (Pausa. Transición. Benvenuto se acerca á Escorpina y dice tomándola las manos.) Mira, Escorpina, un peñasco de la costa en el invierno y á la fría impresión de su aridez, se nublará tu frente: pero miralo con la luz y humedad de primavera vestirse de yerbas menudas y dar flores... estas manos tuyas han hecho oficio de primavera en el peñasco de mi espíritu: ¿lo olvidaron ya?

ESCOR. Cuando estabas en Roma sabía el nombre y la forma de las flores que querías tener sobre tu mesa... desde que faltas, cada noche, con los nombres de ellas, he dicho una devota letanía...

BEN. Aquí no hay flores de aquellos nombres y perdería virtud tu letanía. Dispón lo necesario, Paulo. Mañana saldremos para Florencia, *maestra Juana*. (La besa las manos con respeto.—Telón)

FIN DEL ACTO TERCERO